Revista de la Dirección General de Cultura y Extensión de la Universidad de Los Andes. Mérida-Venezuela
N° 65. Mayo-agosto 2007. pp. 37-52

EL CONTAR COMO UNA FORMA DE HABITAR LA REALIDAD

CRISTIAN ÁLVAREZ

narrar los hechos [...] como si no los entendiera del todo.

Jorge Luis Borges

(*Elogio de la sombra*)

En 1953, al publicar la que sería la primera edición de sus *Obras selectas*, Mariano Picón-Salas escribe "Pequeña confesión a la sordina", un como "autorretrato espiritual" para presentar la compilación de sus páginas literarias; esta "Pequeña confesión" se mantendrá idéntica en la segunda edición corregida y aumentada de sus *Obras selectas* de 1962.[1] Escrita a la "sordina" –con recato, calladamente; sin exhibir intimidades o curiosas anécdotas para un público ávido de otros gustos–, en ella dibuja, como en un bosquejo, las líneas que definen su vocación humanística que fue acendrándose con los años: su preocupación por la cultura como modo de vida, su atención a la conciencia, su búsqueda y cuidado en el trabajo de la escritura para aproximarse a una "pasión de expresar lo concreto". Todo desde una perspectiva donde lo existencial aparece con los trazos inseparables de ese mismo mirar que intenta mostrar una vida y una opción en la literatura, acaso como la profesión de "una especie de «poética»".[2] Curiosamente no habla de "prólogo" ni de "presentación", si-

* Université de Toulouse-Le Mirail / FRAMESPA

no que escribe "confesión": "la expresión de lo que se tiene en el corazón" según palabras de la antigua tradición apostólica, un término cuya rica significación originaria nos recuerda aquel acto de un decir que funde a la vez lo que se ha hecho y la fe que se cree y profesa. Y aunque esta "confesión" sólo alcance unas pocas páginas, parece seguir como propósito el mostrar los elementos de tensión de una existencia: rutas, opciones, afirmaciones, contradicciones, también "énfasis y fracasos", insistentes búsquedas que aspiran al sentido y vocación de unidad. Esto último es importante. Ya lo había advertido María Zambrano: la confesión intenta reconciliar la distancia –"la enemistad", escribe– que existe en el mundo moderno entre la razón que sólo se reduce a explicar –tan externamente, y deteniéndose casi siempre en el puerto de cualquier partida que pueda sugerir una transformación interior– y la vida que indaga, padece, añora y espera; busca precisamente hallar aquello que no diferencie al *ser* y su aspiración de plenitud, del *hacer* que inevitablemente yerra y del *estar* en este mundo; trata de fundir, como en una necesaria correspondencia, vida intelectual, vida espiritual y vida cotidiana. A diferencia de la filosofía moderna que "no ha pretendido transformar la vida" pero sí "quiso transformar la verdad" volviéndola cada vez más abstracta y separándola de la vida, abandonando la existencia del "hombre concreto en su ignorancia y su confusión", "el extraño género literario llamado Confesión –dice Zambrano– se ha esforzado por mostrar el camino en que la vida se acerca a la verdad «saliendo de sí sin ser notada»";[3] tal vez siguiendo esa vía de la meditación personal que es sigilosa, asordinada, con la naturalidad del contar un sencillo relato, pero que permite un alumbramiento. También Pi-cón-Salas parece coincidir en ver este sentido de la confesión como búsqueda de unidad y de reconciliación, y en uno de sus últimos libros particularmente subrayará ese signo de revelación en el que destaca la presencia del amor y de un destinatario como algo esencial:

> ... sólo un momento de amor veraz y de transporte poético o religioso, parece devolvernos nuestra autenticidad antropológica. Nos confesamos con la mujer que amamos –toda confesión es el humilde reconocimiento de la fragilidad humana– o refractamos nuestra

> angustia, euforia o zozobra, en el poema o el libro que nos estremecieron.[4]

Picón-Salas ve en la lectura de la obra literaria un camino posible para el descubrimiento de nuestro espíritu. Asimismo, en la genuina práctica religiosa donde el amor está presente y en la confesión sincera de amantes nuestra condición parece despojarse de todo lo externo para hallar su esencialidad. En la entrega amorosa de lo que somos, nos decimos. Presentamos nuestro ser con todos sus límites, con sus alcances y caídas como una ofrenda, y el acto mismo que confiesa es igualmente expresión de una conciencia, una sabiduría que revela a la vez que nos reconcilia íntimamente. ¿No es lo que vemos como central en el diálogo de los amantes y aun de modo explícito en la Confesión como sacramento, ese intento de acercamiento a Dios conocido también como "reconciliación" o "penitencia", que etimológicamente es "conversión"? Y en cierta literatura autobiográfica ¿no percibimos aún mejor este sentido en las *Confesiones* de San Agustín? Es claro que la confesión sólo muestra, en el instante en que se realiza, la situación presente de quien confiesa su vida, tal vez un como "estado de cuenta" existencial de intentos, logros, desvíos y fracasos. Pero la entrega de ese decir con todos sus límites e imperfecciones va asomando una conciencia, que en el momento aproxima y prefigura la esperanza de una conciliación al manifestar el anhelo y al expresar la distancia, como si se construyera entre esas lejanas fronteras de la existencia –acaso provisionalmente en "la extrema tensión del presente"[5]– las iniciales bases de un puente de unión hacia la deseada unidad. De ahí que la filósofa española afirme sobre el "género" de la confesión que "no se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por la necesidad que la vida tiene de expresarse". Y tal necesidad de expresión, como una característica fundamental de la confesión, manifiesta la forma de una conciencia. "La vida no se acaba de vivir si no se expresa", recuerda Jorge Guillén, y llega a afirmar, citando a Gabriel Miró, que la conciencia de una realidad se nos da "bajo la palabra". Quizás esa misma identificación de la expresión y la conciencia que encontramos en la confesión haga de ésta un hallazgo, funde un saber y la esperanza, el inicio del camino hacia la unidad, ya que "muestra –como dice Zambrano– que siempre que se expresa algo,

es como una especie de realidad virtual compensatoria, y que la vida no se expresa sino para transformarse".[6] Aun podemos agregar, volviendo a aquella función de la lectura reveladora, que en el caso particular de la confesión literaria, este sentido que intenta presentar atisbos hacia la reconciliación resuena en el espíritu del lector. Como apunta la escritora española "cuando leemos una Confesión auténtica sentimos repetirse aquello en nosotros mismos, y si no la repetimos no logramos la meta de su secreto". ¿Ello ocurre con la obra de Picón-Salas? Veamos.

Quizás pudiera pensarse que la "Pequeña confesión" que realiza Picón-Salas no llega a alcanzar la extensión de un espacio en el que se manifiesten con mayor claridad los elementos a los que se refiere María Zambrano, pero sí se van asomando algunos trazos que luego se harán aún más nítidos en su libro *Regreso de tres mundos*. Su autobiografía que retrata "Un hombre y su generación", como señala el subtítulo, expondrá precisamente este recorrido que contrasta la conciencia y la expresión, y se presentará, coincidiendo con aquel elemento que apuntábamos en la confesión, esa especial ofrenda –"Como la botella al mar de todos los ofertorios y naufragios románticos"– en la que entrega, según él mismo nos dice, "este libro en que quise ofrecer un poco la razón de mi vida", y en el que desea "transmitir una simple experiencia".[7]

Al comienzo del último capítulo de esta autobiografía intelectual, Mariano Picón-Salas se interroga sobre el sentido de esta evocación de la propia vida:

> ¿Qué enseñará después de surcar las sirtes de la vida y bajando a las aguas heladas, al fiordo de desengañados líquenes donde ancla la vejez y nos cubre la muerte, un hombre que recorrió tantas moradas y probó experiencias y oficios?[8]

El capítulo se intitula, curiosamente, "Añorantes moradas", esto es, aquel hogar que llama o quizás que se invoca como en un anhelo que no acaba, o también como nuestra continua nostalgia de la casa, del sitio donde se habitó y donde, en la contingencia de los tiempos, en la "errancia" y la mudanza continua del peregrinaje de la vida, pudo conciliarse, como en fugaz unidad, el ser y el estar del hombre. No todas las moradas

ofrecen el sentirse a gusto, "como en casa", esa función del habitar que describe Heidegger como el *rasgo fundamental* de la condición humana, la que establece la íntima relación del ser y el mundo. Pero al señalar una añoranza por "moradas" en un relato que habla de la propia existencia, lo planteado adquiere quizás diversas perspectivas de interpretación.

La nostalgia –"dolor del retorno"; mezcla de tristeza y deseo por lo que se dejó–, ese sentimiento asociado precisamente a un habitar, es lo que permitiría descubrir en el presente cotidiano valores que constituyen su fundamento y también su trascendencia. No es anhelo de volver atrás, ni permanencia en el pasado: es regreso. La nostalgia así entendida nos lleva a ver el mundo con ojos renovados para apreciarlo, atenderlo y tal vez encontrar algunas claves que nos ayuden a comprenderlo.[9] No hay duda de que esta percepción corresponde a una búsqueda esencial de la reconciliación íntima y que Picón-Salas vincula a su concepto de la cultura, ese continuo intento de saber vivir con "gracia" en el mundo. Así pudiera pensarse por un momento que ese habitar "aquellas moradas" abarcaría dos ámbitos estrechamente unidos. Una primera aproximación a estas palabras nos llevaría a ver el habitar la realidad en un sentido natural asociado al aquí y al ahora, a esa estrecha relación entre el quehacer humano que se despliega en el construir –"edificar es propiamente morar", escribe Heidegger[10]– y en el cuidar –"cultivar", según vemos el sentido original de *cultura*– su propia habitación; habitación que aspira a la permanencia, y que es tanto forma material y expresión humana, como vivencia en comunidad y establecimiento de vinculaciones apropiadas con el ambiente, con la Tierra. La reflexión en torno a la cultura como una aproximación al ideal de unidad, a aquel modo de vida que busca hacer de la existencia algo que vale la pena vivir, describe esta acepción de habitar. Sin embargo, una segunda mirada permitiría apreciar el habitar con una perspectiva más interior aunque en indisoluble comunión con la primera; verla como aquel "saber estar" que corresponde a una comprensión de nuestra propia condición, a tomar conciencia de nuestro ser en la Tierra. Fusión del ser y el estar que anuncia la aspiración de plenitud humana, en un saber que es también el percibir un sabor: ¿Cómo alcanzar ese sentirse "a gusto" de casa en estos dos sentidos del habitar? Nuevamente nos encontramos con esa particular atención por parte de Picón-Salas hacia la vida interior, hacia la dilucidación de esa con-

ciencia que precisamente nos revela ese otro sentido de habitar(nos). Mas hay que "entender que va mucho de estar a estar", recordaba Santa Teresa de Jesús con la gracia de su escritura, como mostrando claramente que no es tan sencillo disponerse en ese sentido de habitar la propia conciencia.[11] Aunque hay una distancia evidente con respecto a la intención de los escritos de la santa española, ese mismo deseo de unidad, de reconciliación asociada al título del capítulo del libro autobiográfico de Picón-Salas, nos lleva a recordar esta cierta coincidencia a través de las "moradas" que se describen en el libro del itinerario místico de Santa Teresa. Quizás, en términos de ella, esa inicial conciencia a la que nos referimos apenas podría divisarse como una estancia en la primera morada de las siete del "castillo interior" que es el alma, estancia a cuya puerta inicial llegamos cuando el deseo de unidad anima la intención del habitar. Pero la distinción de Santa Teresa sigue siendo pertinente en la indagación que también realiza Picón-Salas, y el sentido de la nostalgia parece descubrir esta conciencia. ¿Cómo hallar en el peregrinaje existencial estas "moradas" añorantes y gustosas? Continuamente el escritor venezolano señala la tensión entre la limitada condición humana y el "amor de perfección" como el ideal de cultura que aspira seguir, y su autobiografía comienza por mostrar este asunto como la paradoja de la naturaleza del hombre:

> ¿Estamos seguros de que la vida de cada hombre –por lo menos de los que tratamos de cultivar nuestra sensibilidad y nuestra conciencia– avanza, desde los vagidos de la infancia y del caos emotivo de los años adolescentes, a una esfera de perfectibilidad, y que cuando comenzamos a ser viejos somos, necesariamente, más sagaces que en los terribles años sanguíneos de la juventud? ¿O ese perfeccionamiento que pretende el hombre consciente es sólo un paso a la destrucción y a la muerte? Pues la paradoja humana consiste en que cuando pretendemos haber aprendido más y estaríamos aptos para desarrollar el aprendizaje, nos estamos acercando a ese desaprender y olvidar que es el morir.[12]

Y es que en una ingenua y acaso fatua mirada a la vida, la veleidosa noción de progreso, los mitos de evolución, desarrollo lineal y avance

asociados a nuestra existencia a veces pueden confundir la percepción que tengamos de la realidad, distorsionando nuestra relación con ella. De ahí esta interrogación desengañada que parte de una alusión a "la muerte y al absurdo destino del hombre en el orden o desorden de la naturaleza", nos lleva a ver el asunto con más cuidado y apreciar que la idea de cultura en Picón-Salas, si bien se inscribe en la inacabable búsqueda de elevación humana como una meta constante, su intención apunta a ese saber estar en el camino que se expresa en un modo de vida, en la particular apreciación de un habitar la realidad presente. La conciencia de la fragilidad humana y el trabajo en las potencialidades van construyendo simultáneamente esa andante y tensa morada, no exenta de sabores, que descubren a la vez que le dan forma a nuestro vivir. Aun resulta interesante que ello se desprenda de la reflexión sobre el morir, que curiosamente encuentra una coincidencia en las meditaciones sobre el habitar que realiza Heidegger, en las que recuerda que los mortales habitan en la medida que poseen la conciencia de su esencia como mortales, en el "hábito" de "tomar posesión" de este inevitable límite de nuestra condición "a fin de que sea una buena muerte". Pero ello no puede entenderse como la obsesión hacia ese destino, ni entenderla como el final que todo lo acaba, restándole "brillo" al vivir, sino comenzar a aceptarla como ese don que nos define y vincula a la Tierra en una permanencia y en una atención a ese habitar. ¿Cómo no pensar también en Montaigne, tan evocado por Picón-Salas, cuando escribe "que filosofar es prepararse a morir" y que en el cultivo de los libros afirma que "sólo busco la ciencia que trata del conocimiento de sí mismo, para que me enseñe a morir bien y a vivir bien"? Y siguiendo quizás el sentido de la cultura como un saber estar en el presente, con la actividad de cultivo en todos sus alcances y con la conciencia de los límites que más bien despierta una mirada atenta al vivir, Montaigne, el "patrono de todos los ensayistas" como lo llama Picón-Salas, expresa:

> En verdad, o la razón nos burla, o no debe encaminarse sino a nuestro contentamiento, y todo su trabajo tender, en suma, a hacernos vivir bien y a gusto, como dice la Sagrada Escritura. [...] Soy partidario de que se trabaje y de que se prolonguen los oficios de la vida humana tanto como se pueda, y deseo que la muerte me encuentre

> plantando mis coles, pero despreocupado de ella, y todavía más en mi jardín imperfecto.[13]

Creo que esta afirmación de la vida en toda su riqueza y al mismo tiempo fragilidad, coloca nuestra mirada justamente en esa sabiduría que preserva la apreciación de nuestra anhelada plenitud en la conciencia de nuestra condición y en la atención al camino. De ahí que este meditar en la confesión, así como en la reflexión autobiográfica y también en la precisión de la experiencia personal que se transmuta en la experiencia verbal del ensayo, nos van conduciendo a distinguir estos aspectos sobre el saber habitar. Sin embargo, los términos que he intentado describir apenas podemos distinguirlos en nuestro mundo distraído y orientado por otros valores, los externos de la inmediatez y la utilidad, los que inspiran la *libido dominandi* y la *libido possidendi*, como apunta el mismo Picón-Salas. Entonces, ¿cómo funcionarían –el verbo es de don Mariano– las autobiografías en esta indagación de las "moradas"? Volvamos a los textos.

Más adelante, en el mismo capítulo "Añorantes moradas", encontramos: "Uno de los más bellos y viejos libros del mundo, *Los proverbios*, quiere que el hombre que vivió bastante entienda «parábola y declaración» y sepa transmitirla a los demás". Picón-Salas cita el prólogo del primer capítulo del libro sapiencial y es significativo que haya utilizado la palabra *parábola* y no *proverbio*. Sigue la antigua versión de Cipriano de Valera (1602) en la que leemos justamente estas palabras. Casualidad o no, el hecho es que ni en la *Biblia de Jerusalén* ni en la versión de Casiodoro de Reina (1569) aparece *parábola*: continuamente hallamos *proverbio*. En la versión que hace Torres Amat de la *Vulgata* también encontramos *parábola* (en los capítulos I y X), y la misma edición señala el origen hebreo de *proverbio* –y su sentido como máxima breve con una enseñanza moral– y la raíz griega de *parábola* –con el más vago significado de alegoría, narración o historia breve que enseña una verdad moral; y también, sentencia enigmática o dicho, en sentido figurado–. Resulta entonces interesante ver esa coincidencia en el hecho de que haya escogido *parábola*, ese como *cuento* "de nuestros aciertos o equivocaciones como si la existencia personal fuera apenas la maduración de una semilla que trajera al nacer su inconfundible sustancia de destino", como el mismo Picón-Salas la define.

No tanto sentencia o consejo, sino narración. Ya en su prólogo "Como la botella al mar" había llegado a una parecida conclusión cuando se precavía de dos tentaciones, las peligrosas ilusiones de "presentar un testimonio desnudamente sincero y la de que mi experiencia sirviera de alerta y enseñanza a los otros". Pues "toda enseñanza que pretendemos ofrecer se trueca así en añoranza", exclama finalmente, con la conciencia de que "toda vida es personal, y sólo enseña realmente a los que la padecieron y estaban pegados a ella con la piel y la costura de los nervios". Con el reconocimiento del paso del tiempo y su más varia circunstancia, Picón-Salas observa lo universal y, al mismo tiempo, lo peculiar de la condición humana. ¿Qué queda entonces?, podríamos preguntar. Y conviene que el mismo Picón-Salas nos los explique:

> Sólo para un hermoso cuento que también se llama la Historia, narramos lo que a nosotros nos pasó. Más que una lección práctica, contar historias es un entretenimiento liberador para el cansancio del hombre. Quizá los primeros y más bellos cuentos del mundo los contaban en los mercados babilonios, o junto a las murallas de los más feroces palacios, los guerreros cansados que volvían del desierto o los hombres andariegos que partían con sus caravanas. Unos hombres hablaban de las fieras y cacerías que hicieron los reyes, o de los monstruos que descabezó Gilgamesh cuando iba a buscar el árbol de la vida. Todos fuimos también a buscarlo con la más varia suerte, y nos gusta narrar cómo nos resultó la expedición.[14]

Más que el decir una lección o una moraleja, se atiende a aquellas voces que en su contar nos trasladan al *tempo* de la narración, lo que nos permite revivir en nuestra propia conciencia un sentir, una experiencia de ser y del estar. Creo que al menos un par de aspectos pueden distinguirse en este fragmento. En primer lugar, el cuento –el de la vida y también el literario– aparece como aquel medio que permite un contacto entre los hombres que comparten un espacio y un instante –una habitación–, una comunión y atención –gracias al lenguaje– del acontecer cotidiano y también de lo íntimo y posible imaginario. Con ello, consuelo, que originalmente es solaz, entretenimiento, diversión. ¿Consuelo de qué o por qué?

La cotidianidad con su dura carga puede a veces encerrarnos tras los barrotes de la rutina, arrastrarnos en la inercia del movimiento diario y, quizás, como opción aparente, tan sólo ofrece distraernos momentáneamente en la facilidad de emociones superficiales o en la mera recepción de imágenes de consumo masivo; todo ello sin dejarnos un espacio y un tiempo para la necesaria atención de la vida interior. En otros ensayos Picón-Salas asoma la misma idea de la literatura como "suma consolación en los días malos".[15] Citando a Eça de Queiroz dice que "contar historias es una de las más bellas ocupaciones humanas, y la Grecia lo comprendió así divinizando a Homero, que no era más que un sublime narrador de cuentos de niños. Todas las otras ocupaciones tienden, más o menos, a explotar al hombre; sólo esa de contar historias se dedica a entretenerlo, lo que tantas veces a consolarlo".[16] Y aun extiende esta idea al arte como "sumo consuelo y floración de las grandes culturas".[17] Josef Pieper comenta acerca del consuelo que es la alegría silenciosa, aquella que sin negar el difícil, doloroso y áspero camino, al quedar suspensos por el misterio que nos desborda, suscita la ocasión para afirmar la bondad del mundo y de la existencia humana, en su plenitud y límites. Quizás por ello el consuelo del que habla Picón-Salas parece referirse a ese sentimiento que no sólo permite gustar esos hallazgos que la literatura y el arte ofrecen, sino asimismo atender a la experiencia transmutada en otro cuento que ofrece un sabor de propia vida, acaso una vislumbre de un gozo de vivir que anuncia al mismo tiempo cierta esperanza.[18] "Pero no cerremos con tan corta parábola: soñar, pasar y morir, la historia de mi pequeña aventura, porque aún me dan ganas de seguir contando", nos dice en uno de los primeros capítulos de *Regreso de tres mundos*. En la aventura vital que se narra importan también la búsqueda y el hallazgo. La cacería y la exploración aventurera van forjando nuestra existencia, y el cuento sobre ellas no sólo las coloca en perspectiva, sino que van perfilando nuestro "autorretrato". Surge así un segundo aspecto que tiene que ver con la "conciencia de la propia experiencia", con el conocimiento de lo que somos, de nuestras carencias y logros y también de nuestras aspiraciones. ¿No va ese mismo narrar dándole forma a una expresión que define nuestra conciencia? ¿Y ese saber del ser no es un encuentro acaso íntimamente jubiloso? Ello nos lo va sugiriendo esa "parábola y declaración" que anuncia Picón-Salas casi al fi-

nal de su libro de peregrinaje: "¡Conciencia, no me abandones! Es el grito del hombre que quiso pensar y deliberar con justicia en la angustiosa lucha existencial. [...] ésa sería mi humilde experiencia".[19] ¿No es éste, finalmente, su *cuento*? Este "grito" en el que se defiende el fuero más interno de lo humano, me lleva a pensar en un interesante paralelismo que observo al leer unos versos del poeta Jorge Guillén, líneas de amor en los que trata de preservar ese presente tan intenso de relación con la realidad –mundo y prójimo– para que sea raíz fértil del anhelo, esperanza a la vez que concreción de lo posible: "Realidad, realidad, no me abandones / Para soñar mejor el hondo sueño". Acaso esta similitud encuentra un elemento común en el comentario sobre el habitar que adelantábamos arriba. Estar y saber estar ¿juntos no van definiendo, construyendo al ser y su íntima casa? ¿No es la conciencia, finalmente, esa "añorante morada"?

Esta profunda convicción en Picón-Salas lo lleva a estar consciente de que "toda vida es personal", de ahí que se resista a establecer una definición del vivir. Hacerlo, sería un modo de constreñir, adulterar su sentido, incluso, en un extremo, conduciría a su anulación. "Vivir es más problemático o más poético que lo que pretenden ciertos simplificadores o empresarios de mitos que suelen ser también candidatos a verdugos", dice en su prólogo a *Suma de Venezuela*, idea que repite en *Regreso de tres mundos*: "Vivir es mucho más difícil que tener una teoría sobre la vida". Coincidencialmente Rainer Maria Rilke escribirá que "mantenerse en lo difícil" orientará nuestro vivir de modo que hallemos nuestra vocación y destino, que al final se identifican. Picón-Salas busca entonces seguir justamente lo poético, la metáfora o la imagen que suscite la comprensión en el recorrido de lo imaginario y la personal visión: "La vida es como ese caballo negro (Mandinguita lo llamamos), de tan ágil pasitrote y regocijada volatería", le explica un viejo tío cuando su ser comienza a eclosionar en la adolescencia,[20] para luego más adelante concluir por sí mismo: "Vivir es aprender y someter este caballo brioso de la vida a ritmo, razón, armonía";[21] o también "Vivir es, a veces, asistir a una coloreada destrucción o citar en la memoria –como si ya se leyeran en arcaico libro de cuentos– seres, fragancias y cosas que pasaron por nuestras vidas", ofreciendo así un sentido de la nostalgia.[22] Nuevamente el contar se vincula al vivir, como si ese fuese un sino ineludible de la existencia, registrada en la memoria o en

la literatura, lugares para el relato y la poesía en los que además la conciencia toma su forma. Recordaba Fernando Savater que "lo que cuenta"–lo que vale– en un filósofo que pretenda hablarnos acerca de la realidad es que *cuente* una historia, y que la cuente bien si es narrador de la vida, si no ¿para qué leerlo?.[23] Con ello observaba cómo a través de ese decir que es una suerte de narrar, en el recorrido de la lectura, hay una iluminación que va más allá de un decir concreto, de una sentencia o una información. "En la narración los valores *valen* realmente –escribe al particularizar sobre el relato de aventuras heroicas–, no se imponen en nombre de ninguna exigencia exterior. Nadie moraliza, sino que se efectúan gestos morales". Lo que nos lleva otra vez a Picón-Salas quien observa que en la atención de la forma, en la misma lectura, al apreciar "los caminos de reflexión y perplejidad del escritor" en su obra, al gustar el lenguaje que cifra el asombro y la interrogación humana, acaso se configuren "los mejores caminos que conducen al descubrimiento de nuestro propio espíritu".[24]

Liberación del cansancio, consuelo, iluminación del espíritu, conciencia que va más allá de una definición, para Picón-Salas el *contar* –historia, literatura y también "cuentos junto al fuego", algo que ya no hacemos como nos lo dice en "Pequeña confesión a la sordina"– es una forma de *habitar* la realidad. La salida del peregrino y su hallazgo, que es también un cuento de una aventura que se gusta, permite pensar en lo quijotesco, su opción y su sonrisa, a pesar de la derrota, el extravío y la fatiga. Y la palabra *cansancio* nos puede llevar a considerar esa otra faceta de la conciencia a la que don Mariano hace alusión con alguna frecuencia: el desengaño. Así, sus autobiografías parecen perfilar esta intención ética en la que los mitos históricos se ubican en su justo tamaño:

> Cierto gusto por la forma estética y cierto escepticismo que producen los libros de Historia, cuando enseñan que la Humanidad repite en distintas épocas parecidos errores y experiencia, me libraron, sin embargo, del fanatismo ideológico que caracterizó a otros amigos.[25]

En el peregrinaje tras la añorada felicidad, Picón-Salas no olvida los trascendentales, tal vez la meta de la aventura vital, y de esta forma habla de la necesidad de "Amor, Bien, Justicia y Belleza". La torpe traducción

humana y la opción por el poder y el tener continuamente parecen alejarlos; de ahí el desengaño, pero no desilusión. "Sobrevive sólo el grande y desinteresado quehacer del hombre cuando se borraron sus cenizas",[26] escribe colocando su fe y esperanza en aquello que es guía de la cultura: el arte, la literatura, la educación. Quehacer humano que hace más grato y con sentido nuestra habitación, pues de algún modo es un *contar*.

* Este ensayo constituye un fragmento de uno de los capítulos del libro *La "varia lección" de Mariano Picón-Salas: la conciencia como primera libertad* a ser publicado próximamente.

NOTAS

1 *Obras selectas*. Segunda edición corregida y aumentada. Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1962, pp. IX-XV. Utilizo la versión que se recoge en *Autobiografías* (Biblioteca Mariano Picón-Salas, volumen I). Introducción de Guillermo Sucre. Texto establecido con notas y variantes de Cristian Álvarez. Monte Ávila Editores. Caracas, 1987, pp. 3-10.

2 Guillermo Sucre en su introducción a *Autobiografías*, op. cit., p. VII.

3 María Zambrano. *La confesión: género literario* (1943). Mondadori. Madrid, 1988, pp. 7,10, 12-13.

4 *Hora y deshora*. Publicaciones del Ateneo de Caracas. Caracas, 1963, pp. 7-8.

5 "Adolescencia", capítulo I de *Regreso de tres mundos* (1959) en *Autobiografías*, op. cit., p. 145.

6 María Zambrano. *La confesión: género literario*, op. cit., pp. 22-23

7 "Como la botella al mar", prólogo a *Regreso de tres mundos*, op. cit., p. 133.

8 "Añorantes moradas", capítulo XI de *Regreso de tres mundos*, op. cit., p. 260.

9 Cfr. Cristian Álvarez, "Libros sobre la infancia" en *Salir a la realidad: un legado quijotesco*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar. Caracas, 1999, pp. 181-182: Debido a los prejuicios contemporáneos asociados al mito del progreso, el término "nostalgia" es tal vez uno de los más incomprendidos: "Así, cualquier mirada al pasado se percibe como enfermiza y ajena, nos suena a melancólico deseo de huir de lo real. Quizás podamos llamar a esto, convencionalmente, lo «nostalgioso»; pero la nostalgia es otra cosa. Ni resentimiento, ni anhelo evasivo de alejarse de lo cotidiano que parece sumirse en una obsesión sin sentido, ni un sentimentalismo por el deseo del retorno imposible y absurdo, ni refugio que ahoga la vida anclándose en el pretérito, acaso la nostalgia, que encierra sin duda un «dolor», es la estrecha vinculación de esa añoranza, de la visión y sentido del recuerdo con el presente, como también lo explica Rafael Tomás Caldera:

"Dolor del retorno, la nostalgia es articulación del aquí y su fundamento, de lo cotidiano y aquello que le confiere valor y lo hace –de ese modo– cifra de lo trascendente. Como en la casa vieja que oculta un tesoro, o el desierto que oculta una fuente –según lo ha expresado maravillosamente Antoine de Saint-Exupéry–, que resultan por ello, en medio de su sentido inmediato, un espacio encantado donde puede suscitarse en lo hondo de la persona el punzante anhelo de pleno ser."

"La nostalgia no busca privilegiar el pasado ni pretende ser una «lección» de vida. Es quizás contemplar lo vivido, así como en un cuento o una historia, y reconciliarnos con aquello que nos pertenece y que parecía lejano, perdido, extraño. En este sentimiento a partir del recuerdo hay un reconocerse como en una consideración que asoma un sentido, que redescubre y torna propios un modo de ser y una forma de conocer, integrándolos activamente a la conciencia, en el aquí y el ahora."

10 Martin Heidegger. *Edificar. Morar. Pensar.* Conferencia pronunciada en el coloquio "Hombre y espacio" ("Mensch und Raum". Neue Darmstädter Verlagsanstalt, Darmstadt, 5/8/1951). Traducción de Alberto Weibezahn Massiani. Reproducción sin más datos, p. 67. Acudo también a la versión traducida de esta conferencia bajo el título "Construir, habitar, pensar" realizada por Eustaquio Barjau (Martin Heidegger. *Conferencias y artículos* [1954]. Colección Odós. Ediciones del Serbal. Barcelona, 1994, pp. 127-142).

11 "Pues, tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate, porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para que entrar, pues se es él mismo; como parecía desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es adonde están los que le aguardan, y que no se les da nada de entrar dentro, ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar, ni quién está dentro, ni aún qué piezas tiene." (Santa Teresa de Jesús. *Castillo interior o las moradas* [1577]. "Moradas Primeras", Capítulo Primero, "En que trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas". Aguilar S.A. Ediciones. Madrid, 1952, pp. 29-30.)

12 "Como la botella al mar", loc. cit., p. 133.

13 Michel de Montaigne. *Ensayos.* Libro Primero, capítulo XX, "Que filosofar es prepararse a morir". Utilizo la traducción que realiza Ezequiel Martínez Estrada y que se recoge en los Clásicos Jackson, Volumen XIII, W. M. Jackson Inc. Editores, México, 1963, pp. 31 y 38.

14 "Como la botella al mar", loc. cit., p. 138.

15 "Pequeña confesión a la sordina", loc. cit., p. 10.

16 "Cultura y sosiego" en *Obras selectas*, op. cit., p. 1311.

17 "Coloquio en Valera" (1953) en *Comprensión de Venezuela.* Prólogo de Hernando Téllez. Nueva edición corregida y aumentada. Aguilar. Madrid, 1955, p. 394.

[18] Cfr. J. R. R. Tolkien. "Sobre los cuentos de hadas" (1939) en *Árbol y hoja; y el poema* Mitopoeia. Con una introducción de Christopher Tolkien. Traducción de Julio César Santoyo y José M. Santamaría. Minotauro, 1994, pp. 83-85.

[19] "Añorantes moradas", loc. cit., p. 272.

[20] "Adolescencia", loc. cit., p. 144.

[21] "Tentación de la literatura", capítulo II de *Regreso de tres mundos*, op. cit., p. 167.

[22] Prólogo a *Las nieves de antaño* (1957) en *Suma de Venezuela*. [Biblioteca Mariano Picón-Salas, volumen II]. Introducción de Guillermo Sucre. Texto establecido con notas y variantes de Cristian Álvarez. Monte Ávila Editores. Caracas, 1988, p. 436.

[23] Fernando Savater. *La infancia recuperada*. Alianza/Taurus. Madrid, 1983, pp. 23 y 16.

[24] "Cultura y sosiego", loc. cit., p. 1309.

[25] "Pequeña confesión a la sordina", loc. cit., p. 7.

[26] "Añorantes moradas", loc. cit., p. 266.